

Teaching Our Faith – November 2017 – Days of Human Dignity Migration Series

Teaching Our Faith #1: Migrants and Catholic Social Teaching

This series of teaching editorials focuses on the Church's approach to immigrants and refugees, especially in light of Pope Francis' invitation to "Share the Journey."

"I was thirsty and you gave me drink, a stranger and you welcomed me." Matthew 25:35

On September 27, 2017, Pope Francis invited us to join him and share the journey of migrants, including immigrants, refugees, displaced persons and those who are victims of human trafficking. In his "Message for the World Day of Migrants and Refugees 2018," our Holy Father summarized the basis for this invitation, noting the Church's deep concern for persons in any of these situations and reminding us that "every stranger who knocks at our door is an opportunity for an encounter with Jesus Christ, who identified with the welcomed and rejected strangers of every age (Matthew 25: 35-43)."

In this series of teaching editorials, many aspects of the Church's teaching and response to migrants will be presented. I would like to offer some reflections on our response in light of Catholic social teaching.

We know that the Church at her best has always been a church that welcomes and accompanies others. Chapter 22 of the Book of Exodus states: "You shall not oppress or do wrong to a stranger for you were once a stranger in the land of Egypt." The New Testament relates the story of the Holy Family, migrants who fled from the terror of Herod, and we know that Jesus Himself moved from place to place with "nowhere to lay His Head" (Matthew 8:20). Of course, the words of Jesus in Matthew 25 specifically link our response to those who are hungry, thirsty, naked and who are strangers to the person of Jesus Himself.

In his message for migrants, Pope Francis envisions our response as a Church residing in four verbs: to welcome, to protect, to promote and to integrate. These verbs emerge from Catholic social teaching, especially the principles of the life and dignity of the person; the call to family, community, and participation; the option for the poor and vulnerable; the dignity of work and the rights of workers; and solidarity.

We *welcome* migrants out of our fundamental understanding of the equal natural dignity of all persons and our solidarity with persons of every race, nation and religion, especially the poor and vulnerable. This dignity presupposes the ability of person to provide for basic needs, support their families and participate fully in the community through the use of their God-given talents. The universal common good recognizes that the goods of the earth belong to all people and cannot be hoarded or controlled to benefit only the few or select groups.

Basic human rights, including the right to work and to a just wage, the right to raise a family and contribute to the community call for public policy *to protect* migrants, many of whom are fleeing persecution, violence, or economic deprivation, independent of their legal status. *To promote* includes efforts to assist migrants in leading lives of meaning and purpose, including protecting the integrity of the family, the possibility of work, religious freedom and all of the rights that we take for granted as Americans. Finally, *to integrate* means fostering intercultural enrichment

through an encounter in which the culture and identity of migrants meets the culture and identity of those who are welcoming them in a mutually respectful and beneficial relationship.

At the same time, the Church respects the rights of sovereign nations to control their borders in the service of the common good of its citizens. The national dialogue needed requires comprehensive reform that includes legitimate concerns for the safety and welfare of all citizens. However, these concerns are not an absolute right, and the capacity of rich and powerful nations like the United States to welcome refugees and immigrants also is a serious responsibility. “Much will be required of the person entrusted with much, and more will be demanded of the person entrusted with more” (Luke 12:48). Immigration reform and common sense security measures will challenge the false premise that claims security and treating people humanely are mutually exclusive. We need to do both, and I am confident that we can.

Subsequent articles in this series will dive into public policy issues, the reality of refugees and pastoral care for immigrants and the personal stories of migrants. As the grandson of Slovakian and Polish immigrants who came to this country to seek a better life, I pledge to join Pope Francis in sharing the journey of those migrants who come to this country today. The diversity and hope of so many over the last 200+ years who have journeyed to the United States have made us what we are today. Our continued efforts to welcome, protect, promote, and integrate migrants will make us stronger tomorrow.

The Most Reverend Joseph E. Kurtz, D.D. Archbishop of Louisville

Enseñando Nuestra Fe, numero uno: Migrantes y la Enseñanza Social Católica

Esta serie de editoriales de enseñanza se centran en el enfoque de la Iglesia hacia los inmigrantes y refugiados, especialmente a la luz de la invitación del papa Francisco a “Comparte el Camino.”

“Tuve sed y me dieron de beber, fui forastero y me recibieron” Mateo 25:35

El 27 de septiembre, 2017, el papa Francisco nos invitó a unirnos a él y a compartir el camino con migrantes, que incluyen inmigrantes, refugiados, personas desplazadas y aquellos que son víctimas de tráfico humano. En su mensaje para la “Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2018” nuestro Santo Padre resume la base para esta invitación, señalando la gran preocupación de la Iglesia por las personas en cualquiera de estas situaciones y nos recuerda que “cualquier forastero que toca a nuestra puerta es una oportunidad para un encuentro con Jesucristo, que se identificó con el acogimiento y el rechazo de forasteros de toda edad (Mateo 25:35-43)

En esta serie de editoriales de enseñanza, muchos aspectos de la Iglesia y respuesta a migrantes serán presentados. Quisiera ofrecer algunas reflexiones sobre nuestra respuesta a la luz de la enseñanza social católica.

Sabemos que la Iglesia en su mejor momento ha sido una Iglesia que acoge y acompaña a los demás. El capítulo 22 del Libro del Éxodo indica “No oprimirás al extranjero, ya que también ustedes fueron extranjeros en tierra de Egipto”. El Nuevo Testamento relata la historia de la Sagrada Familia, migrantes que huyeron del terror de Herodes, y sabemos que Jesús mismo se movió de lugar en lugar con “no lugar para recostar su cabeza” (Mateo 8:20). Por supuesto, las

palabras de Jesús en el Evangelio de San Mateo 25 específicamente conectan nuestra respuesta a aquellos que están hambrientos, sedientos, desnudos y que son extraños a la persona misma de Jesús.

En su mensaje a los migrantes, el papa Francisco visualiza nuestra respuesta como una Iglesia que reside en cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar. Estos verbos emergen de la enseñanza social católica, especialmente los principios de la vida y dignidad de la persona; el llamado a la familia, comunidad, y participación; la opción por el pobre y el vulnerable; la dignidad del trabajo y el derecho de los trabajadores; y solidaridad.

Acogemos a los migrantes de nuestro entendimiento fundamental de la igualdad natural de dignidad de todas las personas y nuestra solidaridad con personas de toda raza, nación y religión, especialmente los pobres y vulnerables. Esta dignidad presupone la habilidad de la persona para proveer las necesidades básicas, apoyar a sus familias y participar completamente en la comunidad a través del uso de sus talentos dados por Dios. El bien común universal reconoce que los bienes de la tierra pertenecen a todas las personas y que no pueden ser acumulados o controlados para beneficiar solo a algunos o a grupos selectos.

Los derechos básicos humanos, incluyen el derecho a trabajar y a un salario justo, el derecho de formar una familia y contribuir al llamado de la comunidad por una política pública de proteger a los migrantes, muchos de los cuales están huyendo de persecución, violencia o privación económica, independientemente de su estado legal. Promover, incluye esfuerzos para asistir a los migrantes en llevar vidas de significado y propósito, incluyendo la protección de la integridad de la familia, la posibilidad de trabajo, libertad religiosa y todos los derechos que damos por hecho como americanos. Finalmente, integrar significa fomentar el enriquecimiento intercultural por medio de un encuentro en donde la cultura e identidad de los migrantes converge con la cultura e identidad de aquellos que los acogen en una relación mutuamente respetuosa y beneficiosa.

Al mismo tiempo, la Iglesia respeta el derecho de las naciones soberanas para controlar sus fronteras en el servicio del bien común de sus ciudadanos. El diálogo nacional necesitado requiere una reforma integral que incluya problemas legítimos por la seguridad y el bienestar de todos los ciudadanos. Sin embargo, estos problemas no son un derecho absoluto, y la capacidad de naciones ricas y poderosas como los Estados Unidos de recibir a refugiados e inmigrantes también es una seria responsabilidad. “Al que se le ha dado mucho se le exigirá mucho, y cuanto más se le haya confiado, mas cuentas se le pedirán” (Lucas 12:48). La reforma migratoria y el sentido común de las medidas de seguridad desafiarán la falsa premisa de que la seguridad y tratar a la gente humanamente se excluyen mutuamente. Necesitamos ambas y estoy convencido de que podemos.

Los siguientes artículos en esta serie profundizarán en cuestiones de política pública, la realidad de los refugiados y el cuidado pastoral por los inmigrantes, y las historias personales de los migrantes. Como nieto de inmigrantes eslovacos y polacos que vinieron a este país para buscar una mejor vida, me comprometo a unirme al papa Francisco en compartir el camino de aquellos migrantes que vienen a este país hoy en día. La diversidad y la esperanza de tantos en los últimos 200 años que han viajado a los Estados Unidos nos han hecho lo que somos ahora. Nuestros esfuerzos continuos de recibir, proteger, promover e integrar a los migrantes harán un mañana más fuerte.

Reverendísimo Joseph E. Kurtz, D.D. Arzobispo de Louisville

Teaching Our Faith #2: Migrants and Public Policy

This series of teaching editorials focuses on the Church's approach to immigrants and refugees, especially in light of Pope Francis' invitation to "Share the Journey."

Immigration involves complex legal, diplomatic, military, economic and social questions, while also providing fodder for often simplistic rhetoric that can obscure more than illuminate the problems we face. The Church, being present in every country that people leave as well as every country to which they immigrate, brings to the debate a real pastoral and human perspective, as well as a rich tradition of social thought and teaching. What exactly is the Church's perspective on immigration as a political and social issue?

First, the Church recognizes a **right to migrate**. As with most rights, this is not unlimited, but we do have an obligation to respect the rights of people to move out of harm's way and to pursue better lives for themselves and their children.

Balancing this is the **right of each country to regulate its borders**. The Catholic Church does not advocate "open borders" without limit. Sovereign nations have the responsibility to protect their citizens from threats, including economic dislocation.

The third principle is that **a country must regulate its borders with justice and mercy**. To have a truly just immigration policy, countries should adopt policies that provide the most economic opportunity possible, and crucially, allow families to remain unified or be reunited. Far too often, technicalities of immigration law keep families apart for years at a time.

Underlying these three principles is the fact that people also have the right to *not* migrate. To be forced from one's home or to have no meaningful access to the necessities of life or a living wage is also unjust. The U.S. bishops, in solidarity with the Holy Father and bishops around the world, have repeatedly sought to draw attention to the root causes of migration. War and economic instability put people in desperate situations and, as Christians, we must advocate for them.

For years, we have witnessed efforts to improve enforcement. To truly improve the situation, we need to address how the law treats immigrants in various situations, not just increase enforcement. First, we need a humane approach to the 11 million undocumented persons currently in the U.S. To enter the country without authorization is a misdemeanor, a relatively minor crime. And two out of every five undocumented individuals did not even do that! Many entered the country legally and began a life here but, for various reasons, their status expired and was not extended or renewed.

Taking into account these realities, we need a path to legalization that acknowledges wrongs that have been committed but also allows people to get on the right side of the law. If rules have been broken, there should be reasonable penalties. Applicants for permanent residency, and eventually citizenship, should demonstrate commitment and ties to their communities, learn English, hold a job and pay taxes. Priority should be given to families and those who have no safe place to go or

who have been in the U.S. for a long time. But, if reasonable expectations are met, there must be a way to normalize their status and put them on the road to citizenship.

When it comes to new immigrants who would seek to enter the country in the future, priority should be given to families who are seeking reunification and to new workers who are meeting labor needs in our economy or escaping difficult conditions at home. The need for a new worker program is especially acute, given the dire conditions so many currently face who are seeking work.

In addition to advocating for these reforms at the federal level, the Church also is often in a position of advocating for the immigrant at the state level. Our four Kentucky bishops speaking together through the Catholic Conference of Kentucky recently opposed a bill that would have, among other things, instructed the Kentucky State Police and other law enforcement officers to include enforcement of immigration law in their regular course of activities. This may sound innocuous, but imagine a family where one member recently had a visa renewal application denied or who is caring for an elderly family member who is undocumented. That family will be an easy target for criminal activity, as they will be unable to seek out the police as needed. A victim of domestic violence might feel unable to seek help if she or he is afraid a loved one would likely be deported. This loss of trust between local law enforcement and the communities they serve must be avoided.

To learn more about the U.S. Catholic Church's ongoing immigration advocacy, visit www.justiceforimmigrants.org

Jason D. Hall is the Executive Director of the Catholic Conference of Kentucky.

Enseñando Nuestra Fe, numero dos: Migrantes y Política Pública

Esta serie de editoriales de enseñanza se centran en el enfoque de la Iglesia hacia los inmigrantes y refugiados, especialmente a la luz de la invitación del papa Francisco a "Comparte el Camino."

La inmigración involucra complejas cuestiones legales, diplomáticas, militares, económicas y sociales, además de que proporcionan material para una retórica a menudo simplista que puede oscurecer más que iluminar los problemas que enfrentamos. La Iglesia, al estar presente en cada país que la gente deja así como en cada país a donde inmigran, trae al debate una verdadera perspectiva humana y pastoral, así como también una rica tradición de enseñanza y pensamiento social. ¿Cuál es exactamente la perspectiva de la Iglesia sobre inmigración como un asunto político y social?

Primero, la Iglesia reconoce **el derecho a migrar**. Como sucede con la mayoría de los derechos, este no es ilimitado, pero tenemos la obligación de respetar los derechos de las personas de moverse del peligro y de buscar mejores formas de vivir para ellos y sus hijos.

Haciendo un balance esto es **el derecho de cada país de regular sus fronteras**. La Iglesia católica no aboga por “fronteras abiertas” sin límite. Las naciones soberanas tienen la responsabilidad de proteger a sus ciudadanos de amenazas, incluyendo un trastorno económico.

El tercer principio es que **un país debe regular sus fronteras con justicia y misericordia**. Tener una política de inmigración verdaderamente justa, los países deben adoptar políticas que proporcionen la mejor oportunidad económica posible, y lo que es primordial, permitir a las familias de permanecer unidas o ser reunidas. Muy a menudo, los aspectos técnicos de la ley de inmigración mantienen a las familias aparte por años.

Subyacente a estos tres principios está el hecho de que la gente también tiene el derecho de no migrar. Ser forzado a salir de su propia casa o no tener acceso significativo a las necesidades de la vida o a un salario digno es además injusto. Los Obispos de los Estados Unidos, en solidaridad con el Santo Padre y Obispos alrededor del mundo, han buscado reiteradamente buscar la atención a la raíz de las causas de migración. La guerra e inestabilidad económica ponen a las personas en situaciones desesperadas y, como cristianos, debemos abogar por ellos.

Por años, hemos sido testigos de esfuerzos para mejorar el cumplimiento. Para realmente mejorar esta situación, necesitamos abordar cómo la ley trata a los inmigrantes en varias situaciones, no solo incrementar el cumplimiento. Primero, necesitamos un enfoque humano para los 11 millones de personas indocumentadas actualmente en los Estados Unidos. Entrar al país sin autorización es un delito menor. Y ¡dos de cada cinco individuos indocumentados ni siquiera hacen eso! Muchos entraron al país legalmente y comenzaron su vida aquí, pero por varias razones, su estatus expiró y no fue extendido o renovado.

Teniendo en consideración estas realidades, necesitamos un camino a la legalización que reconozca los errores que han sido cometidos pero que además permita a las personas de llegar al lado seguro de la ley. Si las reglas se han violado, debería de haber penalidades razonables. Los solicitantes para residencia permanente, y eventualmente ciudadanía, deben demostrar compromiso y vínculos con sus comunidades, aprender inglés tener un trabajo y pagar impuestos. La prioridad debería ser dada a las familias y a aquellos que no tienen un lugar seguro a donde ir o que han estado en los Estados Unidos por mucho tiempo. Pero, si se cumplen las expectativas, debe de haber una manera de normalizar su estado y ponerlos en el camino hacia la ciudadanía.

Cuando se habla de nuevos inmigrantes que intentarán entrar al país en el futuro, la prioridad debe ser dada a familias que buscan la reunificación y a nuevos trabajadores que satisfacen las necesidades laborales en nuestra economía o que escapan de las difíciles condiciones en casa. La necesidad para un nuevo programa del trabajador es especialmente agudo, dadas las extremas condiciones que muchos de los que están buscando trabajo encuentran.

Además de abogar por estas reformas a nivel federal, la Iglesia también está a menudo en una postura de defender al inmigrante a nivel estatal. Nuestros cuatro Obispos de Kentucky hablando juntos por medio de la Conferencia Católica de Kentucky recientemente opusieron el proyecto de ley que hubiera, entre otras cosas, instruido a la Policía Estatal de Kentucky y a otros oficiales del orden público de incluir el cumplimiento de la ley de inmigración en su curso regular de

actividades. Esto puede sonar inofensivo, pero imaginen a una familia en donde un miembro recientemente tuvo la renovación de su visa rechazada o que está cuidando a un miembro anciano indocumentado de la familia. Esa familia será un blanco fácil para actividad criminal, ya que no podrán buscar a la policía cuando se necesite. Una víctima de violencia doméstica puede sentirse imposibilitada de buscar ayuda si ella o él tienen miedo de que un ser querido sea deportado. Esta pérdida de confianza entre las fuerzas locales del orden público y las comunidades que sirven debe ser evitada.

Para aprender más sobre la continua defensa de inmigración de la Iglesia católica en los Estados Unidos, vaya a www.justiceforimmigrants.org.

Jason D. Hall es el Director Ejecutivo de la Conferencia Católica de Kentucky.

Teaching Our Faith #3: How the Church Responds to Refugees

This series of teaching editorials focuses on the Church's approach to immigrants and refugees, especially in light of Pope Francis' invitation to "Share the Journey."

In the first op-ed of this series, Archbishop Kurtz reflected on the words of Pope Francis, who speaks of our response as a Church in four verbs: to welcome, to promote, to protect, and to integrate. Verbs are "action words" – and Catholic Charities is responsible for putting those words into action in concrete, tangible ways.

How do we welcome? We, as a Church, physically welcome refugees via the Migration and Refugee Services (MRS) program at Catholic Charities. When refugees arrive at the airport, they are greeted not only by the staff members who will transport them to their new home, but also by parishioners, school children and other friends of Catholic Charities who join in with colorful signs and warm greetings. It's a heart-warming display of hospitality.

While refugees are traveling to their new home in our Archdiocese, MRS staff and volunteers are hard at work furnishing an apartment or house and preparing meals to stock the refrigerator and cupboard with culturally appropriate food. After the initial welcome, our newly arrived sisters and brothers receive cultural orientations to navigate their new life. And we enroll the children in school, teach adults English and transport clients to medical appointments for their required health screenings, among many other tasks.

How do we promote? The goal of refugee resettlement is to move refugees to self-sufficiency and integration as quickly as possible. The MRS employment team works tirelessly to orient clients about workplace culture, apply for jobs for clients, take them to interviews and conduct follow ups. Some refugee clients take advantage of another Catholic Charities program, the Common Table Culinary School: there, alongside native-born participants, they learn food preparation skills and earn their ServSafe certification for jobs in the food industry.

Refugees can take advantage of the Common Earth community gardens (some located at parishes, like Saint John Vianney) to grow healthy food for their own families. Some refugees opt to become market gardeners with Common Earth and sell produce to farmers' markets, bringing in additional income. And refugees find another financial opportunity in Catholic Charities' Language Services program, putting the gift of their native languages to use by contracting as interpreters – and thereby making more than 80 languages available for health care, legal, educational and other purposes throughout our community.

How do we protect? Archbishop Kurtz wrote at length about the important role that the Church plays in advocating for justice to protect refugees. In this column last week, Jason Hall addressed the Church's tireless advocacy efforts in the areas of public policy and immigration reform. Protecting our refugee brothers and sisters is a task that extends from the Archbishop to every one of us. This fall, students at Mercy High School worked with Catholic Charities staffer Mark Bouchard to launch a postcard campaign urging legislators to take up the cause of DACA recipients. Meanwhile, Catholic Charities employs a legal team of four in our Immigration Legal Services program; they help refugees and other immigrants receive the protection of the laws that are already on the books.

How do we integrate? From the cultural orientations for newcomers provided by Migration and Refugee Services through the work of the Kentucky Office of Refugees in supporting immigrant and refugee communities, Catholic Charities staff works hard to help refugees integrate. While a dedicated and skilled staff is necessary in this often complicated work, true integration comes via the support and welcome extended to refugees by the faithful around the Archdiocese. People are involved in many ways: they organize incoming donations; they sponsor a specific refugee family, whom they welcome at the airport and help with apartment set ups, grocery shopping, and transportation as the refugees acclimate to a new city. Others volunteer with our New Horizons Mentoring Program – where they serve as one-on-one supportive mentors for a year, helping students with English and other homework. And, volunteers tutor in our ESL school or mentor elderly refugees so they can become citizens.

Catholic Charities makes it possible for the Catholic faithful to *encounter* refugees, by entering into their stories. And when they are ready, refugees share their stories on a personal level. The Catholic Charities Mission Advancement team offers opportunities to hear from refugees themselves at parish dinners and “Stand With Refugees” events to support the MRS program. And at the annual CRS Rice Bowl luncheon, refugees break bread with Catholic school students and talk together about their life experiences – integrated indeed.

Please, contact Catholic Charities if you are interested in learning more about the many ways in which we as a Church are serving our refugee brothers and sisters. Truly, all are welcome.

Lisa DeJaco Crutcher is the Chief Executive Officer of Catholic Charities of Louisville.

Enseñando Nuestra Fe, numero tres: Cómo responde la Iglesia a los refugiados

Esta serie de editoriales de enseñanza se centran en el enfoque de la Iglesia hacia los inmigrantes y refugiados, especialmente a la luz de la invitación del papa Francisco a “Comparte el Camino.”

En el primer editorial de enseñanza de esta serie, el arzobispo Kurtz reflexionó en las palabras del papa Francisco, quien habla de nuestra respuesta como Iglesia en cuatro verbos: acoger, promover, proteger e integrar. Los verbos son “palabras de acción” – y Caridades Católicas es responsable de poner esas palabras en acción de manera concreta y tangible.

¿Cómo los recibimos (acogemos)? Nosotros, como Iglesia, de manera física recibimos a los refugiados a través del programa de Servicios de Refugiados y de Migración (MRS). Cuando refugiados llegan al aeropuerto, son recibidos no únicamente por miembros del personal que los transportarán a su nuevo hogar, sino también por feligreses, escolares y otros amigos de Caridades Católicas que se unen con carteles coloridos y cálidos saludos. Es una muestra de hospitalidad reconfortante.

Mientras que los refugiados viajan a su nuevo hogar en nuestra Arquidiócesis, personal y voluntarios de MRS trabajan arduamente amueblando el departamento o la casa y preparan la comida para almacenar en el refrigerador y en el armario con comida culturalmente apropiada. Después de su bienvenida inicial, nuestros hermanos y hermanas recién llegados reciben orientaciones culturales para navegar su propia vida. Matriculamos a los niños en escuelas,

enseñamos inglés a los adultos y transportamos a clientes a citas médicas para sus evaluaciones de salud, entre otras muchas otras tareas.

¿Cómo promocionamos? La meta del reasentamiento de refugiados es de llevar a los refugiados a la autosuficiencia e integración tan pronto sea posible. El equipo de empleo de MRS trabaja incansablemente para orientar a los clientes acerca de la cultura del lugar de trabajo, solicitar trabajos para clientes, llevarlos a entrevistas y dar seguimiento. Algunos clientes refugiados toman la ventaja de otro programa de Caridades Católicas, la Escuela Culinaria de la Mesa Común: allí, junto con nativos participantes, aprenden habilidades de preparación de alimentos y obtienen su certificación ServSafe para trabajos en la industria alimenticia.

Los refugiados pueden aprovechar los jardines comunitarios de la Tierra Común (algunos localizados en parroquias, como Saint John Vianney) para cultivar alimentos saludables para sus propias familias. Algunos refugiados optan en convertirse en horticultores con Tierra Común y vender productos a mercados de agricultores generando una entrada adicional. Y los refugiados encuentran otra oportunidad financiera en el programa de Servicios Lingüísticos de Caridades Católicas, utilizando el regalo de sus idiomas nativos mediante contratación como intérpretes – y así teniendo disponibles más de 80 idiomas disponibles para atención médica, legal, educativa y otros propósitos en nuestra comunidad.

¿Cómo protegemos? El arzobispo Kurtz escribió extensamente acerca del importante papel que la Iglesia desempeña en la defensa de la justicia para proteger a los refugiados. En esta columna, la semana pasada, Jason Hall abordó los incansables esfuerzos de abogacía de la Iglesia en las áreas de política pública y reforma migratoria. Protegiendo a nuestros hermanos y hermanas refugiados es una tarea que se extiende desde el Arzobispo a cada uno de nosotros. Este otoño, estudiantes de Mercy High School trabajaron con el miembro del personal de Caridades Católicas, Mark Bouchard, para lanzar una campaña postal que instaba a los legisladores a tomar la causa de los beneficiarios de DACA. Mientras tanto, Caridades Católicas emplea a un equipo legal de cuatro en nuestro programa de Servicios de Inmigración Legal, ellos ayudan a refugiados y a otros inmigrantes a recibir la protección de las leyes que ya están publicadas.

¿Cómo integramos? Desde las orientaciones culturales para recién llegados proporcionadas por los Servicios de Refugiados y Migración hasta el trabajo de la Oficina de Refugiados de Kentucky para apoyar a las comunidades inmigrantes y refugiados, personal de Caridades Católicas trabaja arduamente para ayudar a los refugiados a integrarse. Si bien se necesita un personal dedicado y capacitado en este trabajo con frecuencia complicado, una verdadera integración se obtiene a partir del apoyo y bienvenida a los refugiados por los feligreses de la Arquidiócesis. Las personas se involucran de muchas maneras: organizan donaciones que ingresan; patrocinan a una familia específica de refugiados que reciben en el aeropuerto y ayudan con la distribución del departamento, compra de comestibles y transportación mientras los refugiados se adaptan a la nueva ciudad. Otros realizan voluntariado en nuestro Programa de Mentores de Nuevos Horizontes en donde sirven como mentores de apoyo individual por un año, ayudando a los estudiantes con inglés y otras tareas. Y, los voluntarios son tutores en nuestra escuela de inglés segundo idioma o mentores de refugiados de edad mayor para que puedan convertirse en ciudadanos.

Caridades Católicas hace posible para los fieles católicos tener un encuentro con refugiados al entrar en sus historias. Y cuando están listos, los refugiados comparten sus historias a nivel personal. El equipo de la Oficina de Avance de la Misión de Caridades Católicas ofrece

oportunidades para escuchar de los propios refugiados en cenas parroquiales y eventos de “Stand With Refugees” para apoyar el programa MRS. Y en el almuerzo anual de Un Plato de Arroz de CRS, los refugiados parten el pan con estudiantes de escuelas católicas y hablan juntos acerca de sus experiencias de vida - de integración.

Por favor contacte a Caridades Católicas si están interesados en aprender más sobre maneras en que nosotros como Iglesia servimos a nuestros hermanos y hermanas refugiados. Verdaderamente, todos son bienvenidos.

Lisa DeJaco Crutcher es la Directora Ejecutiva de Caridades Católicas de Louisville.

Teaching Our Faith #4: The Church and Pastoral Care for Immigrants

This series of teaching editorials focuses on the Church's approach to immigrants and refugees, especially in light of Pope Francis' invitation to "Share the Journey."

As has been expressed by the writers in this series, our Catholic teaching proclaims that every human being is a member of the Body of Christ, and each person possesses the dignity of a person created in the image and likeness of God. Our efforts to reach out to others in this spirit is the basis of good pastoral care that provides love and support for those in need.

In 1996 on *World Migration Day*, Saint John Paul II stated, "In the Church no one is a stranger, and the Church is not foreign to anyone, anywhere. As a sacrament of unity and thus a sign and a binding force for the whole human race, the Church is the place where illegal immigrants are also recognized and accepted as brothers and sisters. It is the task of the various Dioceses actively to ensure that these people, who are obliged to live outside the safety net of civil society, may find a sense of brotherhood in the Christian community."

The bishops of the United States provide overarching support to immigrants by establishing structures and prioritizing resource to attend to immigrants' pastoral needs, by celebrating immigrants' culture, by advocating for comprehensive immigration reform, and by calling forth the gifts and talents of new arrivals. The United States Conference of Catholic Bishops (USCCB) carries out advocacy and education efforts through its Justice for Immigrants campaign, which provides resources and information that help to form and inform the community about immigration issues. This structure is mirrored on the diocesan level by diocesan Catholic conferences, such as our own Catholic Conference of Kentucky, which keeps abreast of related public policy issues and provides educational resources on these issues. Legal and social service needs are addressed by Catholic Charities of Louisville.

In our Archdiocese, the pastoral care of Hispanic migrants is served through the Hispanic Ministry department of the Office of Multicultural Ministry. This department is guided by the archdiocesan strategic plan and the Archdiocese of Louisville Hispanic Pastoral Plan, and its ministry is conducted in collaboration with parishes and archdiocesan agencies.

The Hispanic Ministry department works with parishes to organize annual celebrations such as Our Lady of Guadalupe and Our Lady of Cobre, which celebrates the heritage of various Hispanic cultures and gives hope to those who suffer. It offers leadership formation to call forth the gifts of those who wish to serve in ministry in a parish setting. It offers retreats for Quinceañeras (fifteenth celebration of a young Hispanic woman) and Advent, and it sponsors camps for children and youth on various topics that invite them to engage in and learn about their faith.

Marriage preparation is offered in Spanish, and the annual Encuentro gathers the community to pray, celebrate and learn with training sessions on faith formation for all ages and with the family perspective so important to the Hispanic community. This department also consults with other ministries and provides practical assistance to better enable ministry to and with the Hispanic community through services such as translation.

Parishes, however, are central in the embrace of newcomers. In fact, section #32 of the USCCB document *Welcoming the Stranger Among Us: Unity in Diversity* states that the parishes “must include active efforts on the part of the pastor and parish staff, individuals and families, parish councils, liturgy committees, social concern entities” that are aimed at assisting those in need while also raising up all of the ways in which the parish is enriched by the presence of other cultures.

Parishes in the Archdiocese that serve the Hispanic population provide 15 Masses in Spanish. They make available bilingual catechetical resources for sacramental preparation and reception, and they offer the Rite of Christian Initiation of Adults in culturally sensitive ways to those who want to come into the Church. Parishes offer prayer groups, the traditional Posadas during Advent and the Way of the Cross during Holy Week, as well as other devotions and celebrations that nourish the faith life of their parishioners. Our parishes have learned to not only translate the language but to transform their ministry to truly enter into the cultures of those they serve.

Intercultural pastoral care in the Archdiocese has come a long way over the past few decades. Ultimately, however, the effort to listen and build relationships with persons of other cultures is the critical factor in our pastoral response and care for migrants, and that is a task to which we are all called.

Eva Gonzalez is the Director of Hispanic Ministry for the Archdiocese of Louisville.

Enseñando Nuestra Fe, numero cuatro: La Iglesia y el Cuidado Pastoral por los Inmigrantes

Esta serie de editoriales de enseñanza se centran en el enfoque de la Iglesia hacia los inmigrantes y refugiados, especialmente a la luz de la invitación del papa Francisco a “Comparte el Camino.”

Así como ha sido expresado por los escritores de estas series, nuestra enseñanza católica proclama que cada ser humano es miembro del Cuerpo de Cristo, y cada persona posee la dignidad de ser una persona creada a imagen y semejanza de Dios. Nuestros esfuerzos por llegar a los demás en este espíritu son la base de un buen cuidado pastoral que brinda amor y apoyo a quienes lo necesitan.

En 1996 en el *Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante*, San Juan Pablo II indico, “En la Iglesia nadie es extranjero, y la Iglesia no es extranjera para ningún hombre y en ningún lugar. Como sacramento de unidad y, por tanto, como signo y fuerza de agregación de todo el género humano, la Iglesia es el lugar donde también los emigrantes ilegales son reconocidos y acogidos como hermanos. Corresponde a las diversas diócesis movilizarse para que esas personas, obligadas a vivir fuera de la red de protección de la sociedad civil, encuentren un sentido de fraternidad en la comunidad cristiana”.

Los Obispos de los Estados Unidos proveen apoyo general a los inmigrantes al establecer estructuras y priorizar recursos para atender a las necesidades pastorales de los inmigrantes, celebrando la cultura de los inmigrantes, abogando por una reforma migratoria integral y

convocando los dones y talentos de los recién llegados. La Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB) lleva a cabo actividades de defensa y educación a través de su campaña de Justicia para Inmigrantes, que proporciona recursos e información que ayudan a formar e informar a la comunidad sobre asuntos de inmigración. Esta estructura se ve reflejada a nivel diocesano por las conferencias católicas diocesanas, como nuestra propia Conferencia Católica de Kentucky, que se mantiene al tanto de las cuestiones de política pública relacionadas y proporciona recursos educativos sobre estos temas. Necesidades legales y servicios sociales son atendidas por Caridades Católicas de Louisville.

En nuestra Arquidiócesis, el cuidado pastoral de los inmigrantes hispanos se realiza a través del departamento del Ministerio Hispano de la Oficina del Ministerio Multicultural. Este departamento está guiado por el Plan Estratégico Arquidiocesano y el Plan Pastoral Hispano de la Arquidiócesis de Louisville, y su ministerio se lleva a cabo en colaboración con las parroquias y las oficinas arquidiocesanas.

El departamento del Ministerio Hispano trabaja con las parroquias para organizar celebraciones anuales como Nuestra Señora de la Caridad del Cobre y La Virgen de Guadalupe, que celebra la herencia de varias culturas hispanas y da esperanza a quienes sufren. Ofrece formación de liderazgo para convocar los dones de aquellas personas que desean servir en el ministerio a nivel parroquial. Ofrece retiros para Quinceañeras (celebración de los 15 años de una joven hispana) y Adviento, y patrocina campamentos para niños y jóvenes sobre diversos temas que los invitan a participar y a aprender sobre su fe.

La preparación matrimonial es ofrecida en español, y el Encuentro anual reúne a la comunidad para orar, celebrar y aprender sobre formación en la fe en sesiones ofrecidas para todas las edades considerando la perspectiva familiar tan importante para la comunidad hispana. Este departamento también consulta con otros ministerios y brinda asistencia práctica para hacer mejor posible el ministerio a la comunidad hispana y con ella a través de servicios tales como la traducción.

Las parroquias, sin embargo, son centrales en acoger a los recién llegados. De hecho, en el documento de la USCCB *Acogiendo al Forastero entre Nosotros: Unidad en la Diversidad* se indica que las parroquias “deben incluir iniciativas del pastor y personal parroquial, individuos y familias, concilios parroquiales, comités litúrgicos, entidades de carácter social” que están destinadas a ayudar a los necesitados mientras que también edifican todas las formas en que la parroquia se enriquece con la presencia de otras culturas.

Las parroquias de la Arquidiócesis que sirven a la población hispana brindan 15 misas en español. Tienen disponibles recursos catequéticos bilingües para la preparación y recepción sacramental, y ofrecen el Rito de Iniciación Cristiana para Adultos de maneras culturalmente sensibles para aquellos que desean ingresar a la Iglesia. Hay parroquias que tienen grupos de oración, que ofrecen las tradicionales Posadas durante el Adviento y el Vía Crucis durante la Semana Santa, así también como otras devociones y celebraciones que nutren la vida de fe de sus feligreses. Nuestras parroquias han aprendido no solo a traducir el idioma, sino a transformar su ministerio para verdaderamente entrar en las culturas de aquellos a quienes sirven.

El cuidado pastoral intercultural en la Arquidiócesis ha recorrido un largo camino en las últimas décadas. En última instancia, sin embargo, el esfuerzo de escuchar y construir relaciones con personas de otras culturas es el factor crítico en nuestra respuesta pastoral y cuidado de los migrantes, y esa es una tarea a la que todos somos llamados.

Eva Gonzalez es la Directora del Ministerio Hispano de la Arquidiócesis de Louisville.

Teaching Our Faith #5: Prepare Him Room

This series of teaching editorials focuses on the Church's approach to immigrants and refugees, especially in light of Pope Francis' invitation to "Share the Journey."

"The idea was to come to the U.S. to study to provide for my family. In that journey, I never realized how difficult it is to be in a land where people don't want you."

An active parishioner of a Louisville parish spoke these words last week. She was sharing the story of her own immigration from a Central American country. She fled her native land more than 20 years ago for opportunities and a future without violence.

Her story is apropos as Advent approaches. The church season centered on preparing for Christ's birth, begins on Sunday. Already the radio is airing Christmas music, including that triumphant hymn that often concludes Christmas Masses — Joy to the World.

One line in that hymn of joy stands out from others as we consider the millions of people classified as immigrants and refugees around the world. It's the fourth line of the first verse: Let every heart prepare him room.

We are reminded in those six words that we – living 2017 years after his birth – must make room for him in our hearts.

Of course, we know from Scripture that no one prepared a room for Christ that night in Bethlehem. Pregnant, without friends or relatives, the Holy Family wandered homeless until they were offered the humblest shelter. Were they here with us in the 21st century, we might offer the Holy Family space in the garage, if that.

Sometimes immigrants today do live in garage-like structures. And refugees spend decades in makeshift camps. Pope Francis has called on us directly to "prepare him room," by sharing our journey, our lives with immigrants and refugees.

Of course, it's easier not to know who these statistically anonymous immigrants and refugees actually are. The Nov. 9 edition of The Record shared the stories of young adult immigrants, who know little of their countries of origin and want nothing more than to learn and join in American life in the United States.

In this editorial, we encounter that parishioner mentioned above, an active Catholic living in Louisville who spends most of her time caring for other immigrants.

She grew up in poverty with her mother, sister, brother and an abusive father – he molested his daughters and battered his wife. He abandoned the family when she was a preteen.

A few years later, her brother was robbed and murdered on his way home from work. He left behind two young children.

The murder devastated her and her family, but "murder was a day-to-day thing," she explained. Poverty – and a lack of opportunity to overcome poverty – foment violence.

It was a tipping point for her, though: She decided to come to the United States on a student visa.

“The only thing we heard was that this is a land of opportunity, where people will welcome you and you will find a decent job,” she said. “Where you can achieve ‘the American dream.’ A lot of us, that’s the reason that we leave. Half of the kids I grew up with are either murdered, in jail or they are delinquents back home because they lack any opportunity.”

But in the U.S., she encountered another reality — a pervasive nativism that shuns immigrants. Very quickly, she felt compelled not only to help her family, but also help the immigrants she encountered around her.

“There were so many injustices, so much oppression toward the immigrant in the land of immigrants,” she said, expressing a deep knowledge of Louisville’s vast immigrant roots — especially German, Italian, Irish and French.

Here in the United States, she said, “I have witnessed women that have crossed the border with their sick babies. They bring them to the land of the free to get help.

“I have witnessed people working three jobs and getting paid a third of what other people make,” she said. “I have also witnessed unaccompanied minors, young people whose options are to become a part of a gang and get murdered or decline (to join) and get murdered.”

“I have been told in my face by Catholics, ‘When are you going to have your own immigrant church?’ You are not welcome here.

“I have been told by my fellow Catholic brothers and sisters, ‘You, go home.’ “This makes you reflect, when Pope Francis talks about the journey, when he talks about looking on one another with love and compassion, it goes beyond the politics of any one country.”

For Catholics, immigration is not a political issue first. It is a moral issue.

Not all of her encounters have been bad. She has found a welcoming parish and developed a host of supporters who accompany her in her work.

“I have witnessed love and generosity from people who are willing to open their hearts, even if they don’t understand the struggle, the anguish and the fear people bring to them.”

Let every heart emulate theirs and prepare him room.

Marnie McAllister is the editor for The Record.

Enseñando Nuestra Fe, numero cinco: Prepárale un espacio

Esta serie de editoriales de enseñanza se enfoca en la actitud de La Iglesia hacia los inmigrantes y refugiados, especialmente pensando en la invitación del Papa Francisco para “Compartir el Camino.”

“La idea fue venir a los EEUU para estudiar y proveer para mi familia. En el viaje, nunca me di cuenta qué tan difícil es estar en un lugar donde la gente no te quiere.”

Estas palabras vienen de una miembro activa de una parroquia de Louisville. Ella estaba compartiendo la historia de su propia migración desde un país de Centro América. Dejó su tierra nativa hace más de 20 años, buscando oportunidades y un futuro sin violencia.

Su historia es muy pertinente al acercarnos al Adviento. Este domingo comienza la época en que la iglesia se enfoca en prepararse para el nacimiento de Cristo. Ya se escucha la música navideña en la radio, incluso el himno triunfante que suele concluir la misa de navidad: “Alegría al mundo.”

Una línea en el himno de alegría se destaca bastante, pensando en los millones de personas clasificadas como inmigrantes y refugiados alrededor del mundo. Es la cuarta línea del primer verso: Que cada corazón le prepare un espacio.

Esas palabras nos recuerdan que nosotros- viviendo 2017 años después de su nacimiento- tenemos que hacerle espacio en nuestros corazones.

Por supuesto, sabemos por la Biblia que nadie le preparó un cuarto a Cristo aquella noche en Belén. Embarazada, sin amigos ni parientes, la Sagrada Familia anduvo desamparada hasta que se les ofreció el refugio más humilde. Si esto fuera en el presente siglo 21, tal vez les ofreceríamos un espacio en el garaje.

A veces hoy en día los inmigrantes sí viven en estructuras como un garaje. Y los refugiados pasan décadas en campamentos improvisados. El Papa Francisco nos ha llamado directamente para “prepararles un espacio,” compartiendo nuestro camino, nuestras vidas, con los inmigrantes y refugiados.

Claro que es más fácil no conocer en realidad a estas personas inmigrantes y refugiadas, que pueden parecer solo estadísticas anónimas. La edición del 9 de noviembre en The Record comparte las historias de inmigrantes jóvenes, quienes conocen muy poco de sus países de origen y sólo quieren aprender y unirse a la vida de los EEUU.

En este editorial, conocemos a la parroquiana mencionada arriba, una católica activa que vive en Louisville y pasa la mayoría de su tiempo acompañando a otros inmigrantes.

Ella creció en pobreza con su mamá, hermana, hermano, y un padre abusivo- él abusaba sexualmente a sus hijos y golpeaba a su esposa. Él abandonó a su familia cuando ella era una preadolescente.

Unos años después, robaron y asesinaron a su hermano mientras él regresaba a casa del trabajo. Con su muerte él dejó dos niños pequeños.

El asesinato la devastó a ella y a su familia, pero “los asesinatos eran comunes,” ella explicó. La pobreza- y la falta de oportunidad para salir esa pobreza- fomenta la violencia. Para ella resultó el momento de decisión: decidió venir a los EEUU con una visa estudiantil.

“Lo único que escuchábamos era que ésta es la tierra de la oportunidad, donde la gente te da la bienvenida y encontrarás un buen trabajo,” dijo ella. “Donde puedes lograr ‘el sueño Americano.’ Para muchos de nosotros, es la razón de irnos. La mitad de los muchachos con quienes crecí o han sido asesinados, o están en la cárcel, o son delincuentes porque hay una falta total de oportunidad para ellos.”

Pero en los EEUU, encontró otra realidad- un nativismo prevalente que rechaza a los inmigrantes. Muy rápidamente, ella se sintió obligada a ayudar no solamente a su familia pero también a los otros inmigrantes a su alrededor.

“Había tanta injusticia, tanta opresión hacia el inmigrante en la tierra de inmigrantes,” dijo, expresando un conocimiento profundo de las amplias raíces de inmigrantes en Louisville- especialmente alemanes, italianos, irlandeses, y franceses.

Aquí en los EEUU, dijo, “He visto a mujeres que cruzaron la frontera con sus bebés enfermos. Los traen a la tierra de la libertad para obtener ayuda.

He visto a gente trabajando tres trabajos y recibiendo un tercio de lo que otros ganan,” dijo ella. “También he visto a menores de edad solos, jóvenes quienes tienen las opciones de unirse a una pandilla y ser asesinados o no unirse y ser asesinados.”

“Me han dicho en mi cara, gente Católica, “Cuando van a tener ustedes su propia iglesia para inmigrantes. No hay lugar aquí.

“Me han dicho mis propios hermanos y hermanas Católicas, ‘Tú, regresa a tu casa (país).’ “Esto te hace reflejar, cuando Papa Francisco habla del camino, cuando habla sobre verse unos a otros con amor y compasión, va más allá la política de un sólo país.”

Para los Católicos, el asunto de la inmigración no es un asunto político. Es un asunto moral.

No todos sus encuentros han sido malos. Ella ha encontrado una parroquia acogedora y ha encontrado a muchas personas que apoyan y la acompañan en su trabajo.

“He visto amor y generosidad de personas que están dispuestas a abrir sus corazones, incluso si no entienden la lucha, la angustia, y el miedo que la gente trae consigo.”

Que cada corazón emule eso y le prepare un espacio.

Marnie McAllister es la editora del periódico The Record.

